

De jueces y trogloditas

CATALINA URIBE



EN LAS CARTAS PERSAS MONTES-Quieu narra la historia de los trogloditas, un pueblo conformado por personas crueles, más bien bestias, que se regían sólo por su egoísmo como principio de su libertad, despreciando cualquier rastro de virtud. Su idiosincrasia consistía en procurar la felicidad y necesidades particulares sin importar que los otros trogloditas fueran miserables.

Así, por ejemplo, en un momento cada quien optó por cosechar únicamente lo que bastaba para alimentarse a sí mismo. Como

las tierras no eran homogéneas hubo tiempos en los que ciertos lugares no produjeron fruto. La gente que habitaba las zonas de sequía murió de hambre por la crueldad de quienes no quisieron compartir parte de su cosecha.

En otra ocasión, un comerciante de lana vio que un hombre desnudo se le aproximaba. Al ver su vulnerabilidad decidió cobrarle cuatro veces más del precio real. Lo mismo ocurrió con un vendedor de trigo que al ver el hambre con la que llegó su comprador triplicó su precio. Lo curioso es que este comprador hambriento era el usurero de lana.

Tal era su egoísmo que hasta despreciaban la justicia en su integridad. Un día un troglodita decidió secuestrar a la mujer de su vecino. Después de forcejeos y golpes decidieron ir a donde un hombre con fama de ser justo para que resolviera la disputa. Cuál sería la

sorpresa cuando el supuesto juez les respondió: "Qué me importa la situación de esa mujer. Yo no quiero ni tengo tiempo de ocuparme de sus negocios dejando de lado los míos".

La rama judicial colombiana está pasando por uno de sus peores momentos. El país no ha salido de la indignación al enterarse de que tres expresidentes de la Corte Suprema se beneficiaron por cuenta de fallos favorables. La fábula de los trogloditas y su desdén por la justicia nos sirve para vernos por lo que somos.

La primera parte de la historia termina con la muerte de la mayoría de los trogloditas por una peste. La enfermedad tenía cura. De hecho, a algunos ya los había auxiliado un médico. Pero como los muy salvajes se rehusaron a pagarle por los servicios prestados, la segunda vez no hubo quien los auxiliara. ¿Tendremos los colombianos un destino distinto?

Beatificación

JOSÉ FERNANDO ISAZA



EN LA VISITA DEL PAPA FRANCISCO se beatificará al polémico sacerdote Pedro María Ramírez, quien fue asesinado el 10 de abril de 1948 siendo párroco de Armero y murió como mártir de la Iglesia. Las crónicas cuentan que este sacerdote, como muchos curas y obispos de la época, predicaba contra el liberalismo y los liberales y por esto explica, mas no justifica, la atroz muerte que sufrió a manos de quienes pedían venganza por el asesinato de Gaitán. Le atribuyen que en su agonía maldijo a Armero, acomodando las palabras del Evangelio: "No quedará piedra sobre piedra en Armero". Esa maldición se cumplió con la avalancha del 13 de noviembre de 1985, que destruyó la ciudad y mató a 25.000 de sus habitantes.

Otra versión dice que fue el obispo de Ibagué y no Ramírez quien maldijo a Armero. No es políticamente correcto beatificar a quien lanza tamaña maldición, pues difícilmente se podría considerar un santo.

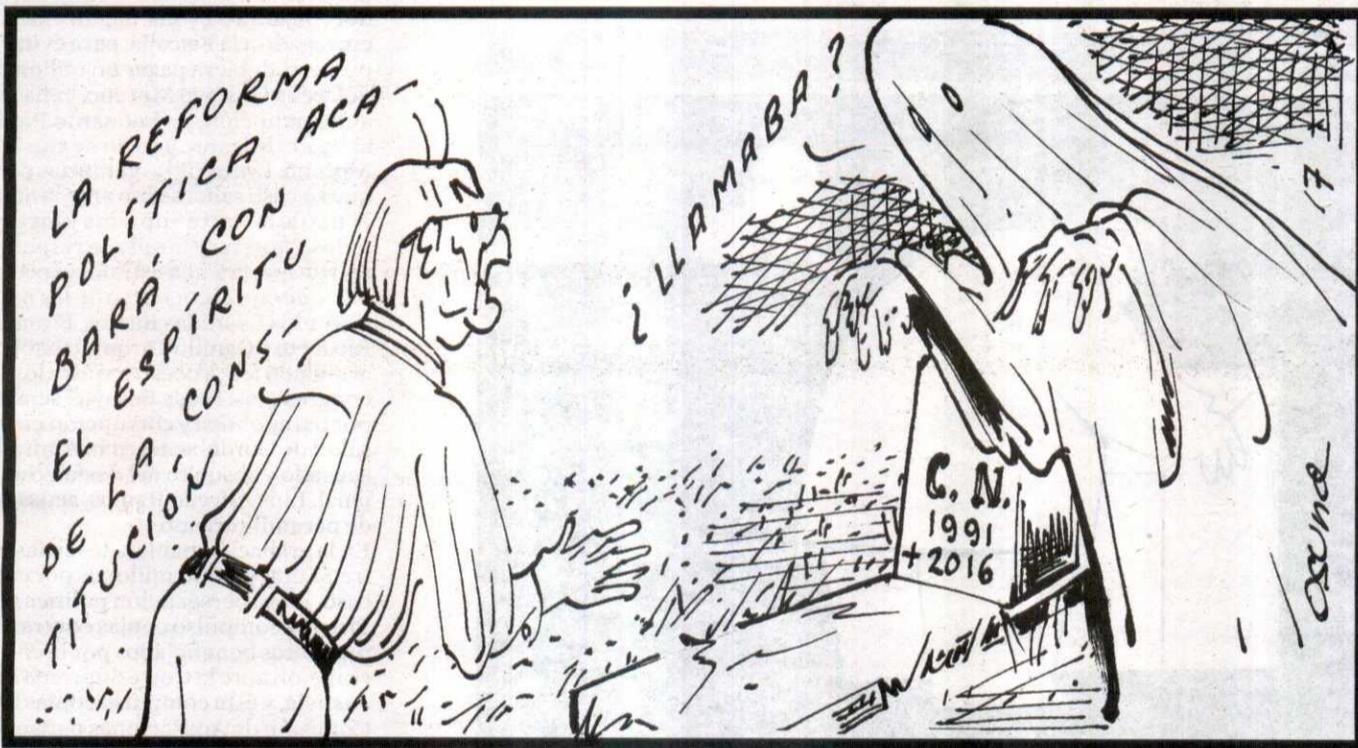
Otro religioso vinculado a Armero y a quien algunos desinformados lo confunden con Ramírez, es el párroco durante los días previos a la avalancha. La misma tarde de la erupción del volcán del Ruiz, desde el púlpito, dijo que no había ningún riesgo para la ciudad, sin embargo, acabada la homilía se subió a su vehículo y huyó a Ibagué. No sé si Dios ya lo tiene en su seno.

La avalancha sobre Armero preservó dos sitios: el cementerio y el barrio de prostitutas, ambos están unos metros más alto que la población arrasada. La leyenda local da otra explicación. Luego del asesinato del padre Ramírez, la turba furiosa lo despojó de sus vestidos, quedó insepulto y desnudo. Nadie se atrevía a acercarse para cubrirlo y darle sepultura, por temor a la ira popular, solo las prostitutas lo hicieron y lo enterraron. Por esto se salvaron de la avalancha. El cementerio no fue arrasado por la furia del volcán, pues si la destrucción era fruto de una maldición, era inútil que los muertos fueran objeto de esta.

Lo que no hizo la furia de la erupción en el cementerio, lo hicieron los profanadores de cadáveres. Armero era una rica población, algunos deudos enterraban a sus seres queridos con joyas y objetos valiosos. Cuando desapareció la población, no quedaron ni dolientes ni guardianes de las tumbas; se destruyeron las lápidas y los sarcófagos por buitres humanos ávidos de oro y plata. Algunas tumbas no fueron profanadas, las de los niños, seguramente a estos los enterraron sin objetos de valor. Se reportan actualmente ceremonias de brujería y magia negra en el cementerio; cráneos y fémures cerca de recientes hogueras prueban que estas prácticas de profanación de los cadáveres no han sido desterradas.

Los caminos de la divinidad son inescrutables, pero puede plantearse la inquietud: si la beatificación del padre Ramírez obedece a un deseo de honrar a Armero, ¿no es más apropiado beatificar a Omayra Sánchez? Es querida por todos y quien de acuerdo con los centenares de placas de agradecimientos por favores y milagros recibidos parece una eficiente intermediaria entre los hombres y los dioses. En buena parte porque los milagros son de amplio espectro, desde curar la infertilidad hasta el cáncer, ayuda a la liberación de secuestrados y provee instrumentos para salir de la pobreza. Si con la beatificación se quiere rendir un tributo a los muertos de la Violencia, ¿por que no hacerlo con el primer asesinado o con alguno de los centenares de miles de víctimas?

Osuna



Muerta y enterrada

Gente como nosotros

MELBA ESCOBAR



ENTRE 2005 Y 2007 VIVÍ EN BARCELONA. Entonces entendí que no en todas partes había que andar por la calle como si fuese un campo de batalla, temiéndoles a los extraños, preocupándose por miedos que se van haciendo inminentes a fuerza de oírlos y repetirlos como si fuesen mantras apocalípticos: el paseo millonario, el robo de celular con cuchillada, la burundanga, el atraco, y así.

Aquí la cotidianeidad es un circo de varias pistas donde todos parecemos tener un papel establecido. Nos movemos entre "gente como nosotros", y aunque tengamos 40 años sigue siendo decisivo en qué colegio estudiamos, a qué universidad fuimos, en qué barrio vivimos, compartimentados en estratos que delimitan los contornos de nuestra realidad como si viviésemos en una sociedad de castas. "Aquí todo el mundo es muy igual", me dijo una vez mi sobrina suiza mientras caminábamos por el parque de la 93. "¿Te fijas? Se

visten igual, hablan igual, piensan igual".

Fue en Barcelona donde aprendí a hablar con extraños en la calle, un gusto que desarrollé en el Paseo del Borne, donde solía tomar cervezas hasta altas horas, a donde iba sola y me sentaba en una banca a ver la gente y, a menudo, a conocer a un extraño. De pronto pasaba un alemán con quien nos enganchábamos en una conversación, o hablaba diez minutos con el Paqui que me vendía la Stella, o terminaba oyendo la historia de una mujer noruega que había enviudado y ahora viajaba por el mundo dejándose perder en conversaciones con una extraña como yo. En esos encuentros no había una agenda. Solo la disposición de perderse en un encuentro fortuito, de conocer a otro, a cualquier otro, y asomarse en su vida aunque fuese un instante.

Durante esas veladas entendí el concepto del "flâneur", del que me hablaban en mis clases de literatura. Los ciudadanos como sibaritas caminantes, observadores sin prisa ni propósito. La ciudad como una inmensa rueda de la fortuna a donde hemos venido de todas partes para compartir un paréntesis, un recuerdo que no se parece a ningún otro y que nos permite saborear la inmensidad de la aldea global. La calle, la avenida, en este caso el Pa-

seo del Borne, como el Paseo de Las Ramblas o el de Gracia, en fin, los bulevares de las grandes ciudades de Europa, son la representación de la belleza. Un punto de encuentro entre arquitectura, paisajismo y arte, por donde circula la vida de los desprevenidos transeúntes, dispuestos a dejarse sorprender.

Sentí tristeza por esos caminantes brutalmente asesinados. Sentí dolor por Barcelona, por las víctimas y, confieso, un poco también por los victimarios. Esos pobres chicos perdidos que no encuentran a quien culpar de su aislamiento. "Parecían gente como nosotros", dijo un hombre entrevistado en Ripoll, el pueblo catalán de donde provenían los terroristas. Y no puedo evitar pensar que ese camino de creer que los "como nosotros" nos mantienen a salvo, mientras que los otros son el peligro, es lo que lleva a la desconfianza y la segregación.

Alivia pensar que los habitantes de Barcelona llevan días repitiendo "no tenemos miedo" (*no tenim por*) como si fuera un mantra, el mantra de los que, a pesar de todo, quieren seguir el camino de la libertad y la integración.

@melbaes